

LA
ALEGRIA
"CLIMA"
PARA LA
VISION
DEL
MUNDO

E. M. Borrego

Partimos de un supuesto estudio de la alegría, como fenómeno elemental de la actitud vital humana, que aquí sólo puedo resumir.

El término del Universo, la Unión del Universo salvado en Cristo, consigo mismo y con el Ser que le crea y trasciende, es una perspectiva ahora, una realidad más tarde, sumamente gozosa. Es, una vez realizada, el gozo mismo. El destino del hombre es la alegría. El dolor queda reducido al fracaso total o parcial, o en el mejor de los casos, tras una adecuada sublimación, a un proceso hacia la alegría. Por ello, el dolor no tiene valor absoluto. El gozo, en cambio, es la expresión misma de la vida en plenitud, sin caminos ya que recorrer, en posesión de sí misma y del amor.

Incluso se puede decir que el amor pleno, el amor total del Reino de Dios consumado, es el gozo de la vida, la definitiva alegría en la que quedará expresado el mero hecho de vivir.

La alegría, por ser la expresión de la plenitud de la vida, constituye su estado positivo, es lo positivo. Su ausencia es el dolor y éste es en sí algo negativo. Sólo puede llegar el dolor a ser una positividad —una realidad de

valor para el *hacerse* de la vida— cuando es superado. El dolor exclusivamente considerado termina en la desesperación, en el cese de la actividad vital y en la renuncia, de hecho, a la plenitud de existencia (1). Es, pues, contrario al amor, ya que éste sólo se realiza en el gozo. Por ello dije que el dolor superado, y únicamente a partir de esta superación, no es, a lo sumo, más que un camino hacia la alegría.

Apurando aún el concepto trascendental de la alegría, es preciso describirla como un estado de armonía del espíritu individual con el conjunto del Universo. Es un equilibrio que surge de la aceptación de la vida, no de esta o aquella circunstancia especial, personal, sino de lo que es la vida en el Universo. En este conjunto entra también como un elemento mínimo la aceptación de lo personal y de la circunstancia que le concierna, de forma que esta armonía es el estado previo, inicial, para que sea posible la serena contemplación, la adoración de Dios y aceptación de su obra en todos sentidos.

Este clima de equilibrio lo llamaremos *clima de alegría trascendental*. Es indispensable, como acabo de decir, para la contemplación de lo total—Dios y su Universo trascendido—. Y a la vez que es imprescindible para la contemplación, adquiere mediante el ejercicio de ésta una solidez con garantía de estabilidad. Porque la contemplación es una participación en cierto grado de la plenitud que se consumará en la contemplación definitiva de la visión beatífica.

En la contemplación el espíritu se siente "situado", inmerso, en la unidad del Universo renovado e iluminado por la gracia por la que se hace posible la plenitud del individuo juntamente con la de la totalidad salvada en Cristo. Se siente, además, con conciencia de esta situación y con ello se establece con más seguridad cada vez en la alegría; de modo que del gozo previo, desde donde entra en la adoración del Misterio Universal, sube hasta una determinada participación de la alegría total, expresión con la cual determinamos psicológica y trascendentalmente el estado ontológico de esa unión que es una parcial anticipación de la visión beatífica.

Es tan fundamental este modo de concebir la alegría, que no puede dejar de realizarse parcialmente en el mundo, entre los hombres, pues éstos son una participación del Dios que es gozo en sí mismo. La alegría trivial, profana, de los hombres es igualmente participación de la alegría total de ser, de la alegría definitiva que se consumará en la unión final del Universo, salvado de la entropía de la materia, con el Ser trascendente. De esta forma, los gozos concretos, como estados pasajeros del espíritu en un momento determinado, llevan consigo la parcial realización del cometido humano. Toda alegría, por profano que sea su origen, es fundamentalmente un momento de plenitud vital puesto que supone una posesión, una autoafirmación de vivir, un objetivo alcanzado.

También el dolor concreto, como el trascendental, representa en el sí mismo humano un rompimiento biológico o espiritual entre el objetivo concreto a que se aspira en determinadas circunstancias y la realidad. En este caso la realidad se presenta en forma de fracaso, es decir, de negación del hecho o del objeto apetecido o incluso de la mera posibilidad de realización de ese objetivo. La naturaleza de cual-

(1) Aun los contratiempos triviales, cuando no se superan, conducen a esta actitud negativa, abaten el espíritu y le cortan toda energía para «ir adelante». Pero aquí se trata de lo que podría llamarse «dolor existencial», que abarca todo el campo de las tendencias más elementales de la vida en su sentido más fundamental.

quier objetivo humano se reduce a la elemental aspiración a realizarse uno a sí mismo y queda traducido este concepto al lenguaje popular con vocablos polivalentes como "deseo", "esperanza", "acción", en los que se manifiesta las diversas vicisitudes propias de la historia del individuo.

Con esto no quiero decir que para ser poseído por la gran alegría que a veces es dado al hombre experimentar, se requiera la realización positiva de todas las vicisitudes, de todos los deseos particulares, ni que mi acción responda en todo momento a lo que espero exactamente de ella. Se da esta alegría en medio de grandes fracasos de la historia personal y para que se dé hace falta únicamente que ese objetivo que produce el gozo al realizarse en un privilegiado momento compense y supere la deficiencia de los demás objetivos ante los cuales se fracasó. Es preciso que el primero los abarque de alguna manera, por una riqueza superior de contenido, y los relegue a la insignificancia. Job pudo encontrar de esta forma un momento de plenitud vital al reconocer, precisamente en un paso doloroso de enorme turgencia, la dependencia de Dios, la belleza que se desprende de la acción dominadora de Dios, comprendiendo así cuál es la situación fundamental del hombre. Por ello puede exclamar con una extraña alegría tras la notificación de todas sus desgracias: "Bendito sea el nombre del Señor" (2). Ha comprendido de pronto que todo debía suceder así, que era preciso ese dolor para poder lanzar al viento su himno de reconocimiento.

Naturalmente, luego vienen los días amargos, cuando ha desaparecido el primer momento de "videncia"; vie-

nen las lamentaciones, la perspectiva de la muerte como expresión del fracaso de su vida (3), y sólo cuando Dios le habla y le da a conocer el misterio de una economía trascendental sobre la vida y el acontecimiento humano, le vuelve la alegría por medio de la aceptación. Esta queda sensibilizada incluso, pues Dios le devuelve la antigua posición (4).

La sabiduría que le hace a Job entonar este himno es un máximo momento de plenitud espiritual. Esto le aproximó tanto al amor trascendente que vino a borrarle la sensación angustiosa de los fracasos precipitados de su vida. En realidad, esta actitud de videncia y aceptación es un abrirse del espíritu a la plenitud del ser; puesto que prepara y aproxima al amor y éste es la verdadera plenitud del hombre. La comprensión de la situación metafísica del Universo respecto a Dios es ya un comienzo del amor, un gozo, una contemplación que conduce a la unidad de la comunión universal.

Es explicable que, de pronto, todo lo que era motivo de amargura por representar el fracaso de diversos objetivos vitales, al perder ahora su tamaño exorbitante ante esa especie de visión nueva de la economía divina sobre lo humano, queda reducido a una proporción de insignificancia. Por otra parte, el hombre se realiza más plenamente en la comunicación de lo divino y en su reconocimiento activo que en el éxito de su historia cotidiana. Precisamente en el fracaso de las tendencias y apetitos del individuo se descubren con especial turgencia, mediante el auxilio del Espíritu Santo que comunica la sabiduría, la maravillosa armonía del plan divino sobre el Uni-

(2) Job 1,21. Después de haber visto al Señor (Job 42,5), su *reconocimiento* se expresa así: «Sé que todo lo puedes» (42,2).

(3) «Mi espíritu se ha agotado, mis días se han extinguido. ¡Sólo me queda el cementerio!» (Job 17,1).

(4) Job 42, 10-16.

verso, que exige, tal vez, estas circunstancias tan desagradables desde el punto de vista del individuo.

El dolor es lucha. Se diría que es la lucha de la vida con la muerte. Se lucha para desarraigar el dolor o, al menos, para hacerlo compatible e incluso asimilarlo en el gozo mediante la superación por la videncia. En la alegría, en cambio, no hay lucha. Es la conformidad del hombre con lo real. Es una conformidad espontánea aunque preceda un proceso de asimilación de las intuiciones previas sobre el conjunto de lo real, es decir, sobre la marcha del Universo hacia la plenitud. Existe incluso una mística de la alegría: la adoración como aceptación y reconocimiento, la contemplación que conduce al espíritu a identificarse con el Todo que es Dios y su acción trascendente hecha Universo y, finalmente, el amor como consumación de esta mística.

Sí; la alegría, se impone decirlo, está a la base del amor. Se diría incluso que si la oración es una dialéctica del amor, la alegría está igualmente a la base de la oración y que el dolor deberá convertirse en gozo antes de hacerse oración.

Por eso se dice de un hombre que supera el dolor que es virtuoso, heroico, porque es difícil la sublimación, el camino hacia la adoración. Pero cuando el mundo mismo es objeto de alegría, entonces es más fácil encontrar la actitud de adoración y contemplar lo divino. Se encuentra el clima preparado. En la alegría se encuentra la circunstancia propicia para contemplar el Universo, para integrarse en el amor de todo él, para salir hasta el amor trascendente. Es que la alegría es el estado más perfecto del espíritu, el único estado que debe ser definitivo. La alegría es una participación de la plenitud divina; por eso lleva a la unión y últimamente a la plenitud definitiva. La adoración misma es en sí una forma de

identificación con el Centro de la vida, un "enamorarse" de Dios y de su Universo. En la contemplación se concientia ese enamoramiento.

La contemplación, cuando intenta empezar desde la apatía o la tristeza, requiere un esfuerzo, hay que salir de alguna manera de sí mismo y de la órbita de sus propios objetivos. Es decir, hay que entrar en la difícil región del gozo del espíritu. En cierto sentido, hay que centrar la atención, el deseo, las más elementales tendencias, en este objetivo supremo que es Dios, Dios sólo, con exclusividad de cualquier otro objetivo.

Es preciso para ello que los demás intereses vitales queden reducidos a una medida relativa, atendidos únicamente en función del primero. Y esto no por ejercicio de ascética, de renuncia progresiva en la que el espíritu vence a secas al resto del hombre. No; esto sería sólo una preparación remota, necesaria sin duda, por otra parte, para crear ese clima como actitud permanente. Pero en la actitud inmediata de contemplación se excluye la repugnancia, el esfuerzo. La imperiosa necesidad del objetivo supremo ha de atraer por sí misma, por ser en sí misma una exclusividad, y el espíritu humano ha de encontrar en esa exclusividad su propia realización, su plenitud del momento presente, su mayor gozo.

Es decir: La contemplación surge de la alegría y conduce de nuevo a ella, ahora en una segunda etapa más elevada, más arraigada en lo sobrenatural. La contemplación puede comenzar con el reconocimiento y la aceptación de la órbita divino-humana para conducir a la adoración, a la unión, a la fusión mística del sujeto humano en la vida de Dios. Según el principio enunciado anteriormente, en esto consiste la alegría. Por ello la contemplación es una anticipación de la plenitud definitiva.

La contemplación, como máxima experiencia de comunión del ser espiritual humano con la Divinidad, es la suprema realización de éste en un momento determinado. Cada vez que se alcanza la unión consciente (5) por medio de la presencia divina (de alguna forma, experimental), se llega a una plenitud parcial de desarrollo del espíritu, correspondiente al estado de "homo viator". En la contemplación se alcanza, por tanto, no la plenitud sino *un momento vital plétórico*; y este momento es, consecuentemente, un gozo, una forma de realizarse la "alegría de vivir" en su pleno y trascendental sentido.

La contemplación nos hace libres. Nos libera de la ansiedad por el éxito de los diversos objetivos intermedios a través de los cuales se va haciendo la historia humana. Y predisamente la plenitud del hombre coincide con este concepto de la libertad. Consiste en una suprema religación al Centro de la vida que reduce definitivamente a la nada otros objetivos del deseo. Es libertad para el amor. Con ella comienza el amor sin límites. Por eso puede describirse igualmente esta libertad como la alegría total. Por la libertad para el amor, el ser-individuo llega a su máximo desarrollo y, al mismo tiempo, la comunión con Dios y su Universo se hace perfecta.

Ahora bien; no puede entenderse esta indiferencia respecto a los diversos objetivos vitales por sí misma, con exclusión del objetivo supremo cuya atrac-

ción es únicamente la que hace desaparecer el valor de los otros. Si se prescinde del motivo de esta libertad, el resultado es la apatía. No tendríamos una libertad para el amor sino para la negación de la vida misma. La apatía conduce al cese de toda actividad de progreso, es la entropía del espíritu. Sin embargo, el hecho de que esta libertad surja ante la presencia de un objetivo máximo convierte a esta posible apatía en una realidad definitiva para la realización vital: la de haber tocado el objetivo fundamental de la vida ante el que se hace imposible la entropía del espíritu. Ahora sólo hay lugar para la convergencia hacia el PUNTO OMEGA de la creación (6).

Se puede encontrar una descripción aproximada, a modo de ejemplo, de este fenómeno espiritual del gozo manifestado en la contemplación, atendiendo a la alegría concreta que puede experimentar el niño ante la perspectiva de unas vacaciones extraordinarias. Aquí se realiza a otra escala el mismo proceso que en la alegría trascendental motivada por la atracción de lo definitivo. El joven escolar pone, por el momento, su máxima aspiración en ese objetivo concreto. La intensidad con que es querida la realización de ese objetivo concreto que son las vacaciones, destaca una perspectiva que apaga la viveza de otros posibles objetivos. Se puede decir que éstos cedan ante el imperio de aquél. La noticia que acaba de recibir alegra intensamente su espíritu infantil, le llena de un vigor especial y le lleva a un estado de ánimo exultante. Por el momento, no desea nada, se siente "realizado" plenamente.

(5) «Consciente». Con esto no quiero significar únicamente la unión que surge de la gracia santificante. Tampoco se habla expresamente de contemplación mística aunque sin excluirla. Pero al hablar luego del «clima» para la contemplación, no quiero afirmar que pueda la contemplación mística conseguirse por medios humanos.

(6) Me complace utilizar este vocablo para indicar, como Teilhard de Chardin, el punto final de la Cosmogénesis, entendida aquí en su sentido más pleno, significando siempre a Dios y a su Universo en la unión última de todos los salvados en Cristo.

te, con la impresión irreflexiva de haber llegado a lo definitivo. Por ahora no tiene tiempo de enfrentarse con "el después".

El adulto capaz de otros goces espirituales, puede sentirse igualmente en un estado de exultación con motivo de la contemplación estética de la naturaleza o de un gesto bello de la vida. Puede sentirse, en diversos grados, vinculado al amor universal, puede surgir en él un deseo de entrega al servicio del mundo. La intuición de la universalidad solidaria puede también producirse en el estado "cathártico" de un espectador ante la valiosa obra de arte cinematográfico o en presencia de una circunstancia de emergencia o en cualquier otra (incluso insignificante) experiencia. En todos estos casos en que surge la intuición de lo universal como forma bella o grandiosa, los objetivos particulares pierden el tamaño que pudo darle su perentoriedad y ceden ante una experiencia indescriptible de plenitud vital. Es que se acaba de percibir lo grandioso o lo bello (de apropiarse por una posesión intelectual y afectiva).

Entonces es cuando se ha creado el "clima" para la oración, para el himno exaltado al Creador, y es preciso explotarlo plenos de que tal momento de plenitud nos ha sido dado para ello. Tanto el gozo estético como el amor del Universo —signos de plenitud— conducen a la posesión de sí mismo, llenando una misteriosa capacidad vacía, desconocida, tal vez, hasta entonces. Esta capacidad que ahora se llena con aquel objeto —belleza, grandiosidad, amor— quizá no deseado hasta entonces conscientemente, es la base natural para la comprensión de lo real y de la elevación de lo real a la sobrenaturalidad que se da en la contemplación de lo divino.

En un momento de plenitud como el descrito, es preciso buscar el diálogo del "sí" que reconoce el máximo valor

del Universo y la sabiduría de la acción de Dios que atrae como PUNTO OMEGA a las fuerzas de la evolución espiritual y cósmica. El "sí" de la contemplación es una sabiduría connatural con el momento de plenitud, con la alegría. Aun en el terreno natural, en lo cotidiano, el que está contento con una circunstancia presente no quiere que las cosas sean de otro modo que como son en la realidad; acepta lo real y lo quiere; tiene dispuesto el "sí". Pero es un "sí" virtual y sólo vale la alegría trascendental si lo trasplanta al plano de la afirmación sobrenatural para consumarlo "formalmente" en la unión con el Todo (7).

Es preciso aprovechar los instantes de comprensión y de experiencia, los momentos más bellos y espirituales de la vida. No crea nadie que así confundido el encuentro de Dios con la devoción fácil y poética de los tiempos felices. Lo que me mueve a estas elucubraciones sobre la alegría es el convencimiento de que ésta coincide con los máximos de la plenitud vital y de que son estos momentos, los mejores, en los que Dios pide la conversión de la vida puesto que se hace más presente. Estoy convencido igualmente de que hemos de buscar la comprensión del misterio universal por todos los medios ya que constituye ésta una base para la comprensión del plano sobrenatural y constituye igualmente un estado de alegría que pide, como participación que es de la divina, un progreso en sentido trascendental hasta la plenitud. La alegría es, además, el estado más próximo a la verdad por coincidir con el amor a lo real de la vida y relegar a un

(7) Para que no se entienda mal esta expresión, conviene decir que el Todo significa en estas líneas el ser trascendente —Dios— y el conjunto de la Creación. En un estado final, esta comunión es la positividad de todo lo que es eterno, puesto que en esta comunión está la plenitud del ser espiritual.

plano relativo la circunstancia del individuo. Si el hombre busca a Dios, debe saber que cuando vive instantes intensos de plenitud vital está participando más conscientemente de aquél a quien busca, está más capacitado para encontrarle; en realidad, está más cerca de él.

El hombre tiene el deber de "hacerse" plenamente. Tiene que buscar la alegría para poder cantar el himno de la creación. La contemplación no puede darse en el espíritu pendiente del dolor, (8) de lo que se le debe, de lo que la falta. Este es un miedo a la muerte. El dolor que no se supera es

en realidad una negación de lo universal, de la armonía del Universo, de la fe (porque ésta requiere la subordinación del individuo y su circunstancia a la economía de desarrollo del Universo, en cuya comprensión está el gozo y el inegoísmo).

(8) No se habla aquí de toda oración, naturalmente. La súplica puede surgir en un espíritu atormentado. Lo que se afirma en estas páginas se refiere exclusivamente a la contemplación con esos caracteres indicados repetidas veces de extensión vertical (Dios) y horizontal (el Universo) y de integración personal (Unión) en este Todo.

